

# DONDE VELA EL JAGUAR<sup>1</sup>

*Bajo el Volcán* núm. 20, año 12, marzo-agosto 2013

Adolfo Gilly<sup>2</sup>

Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades  
de la Universidad Nacional Autónoma de México  
agilly@unam.mx

En el prólogo a la edición inglesa de su libro *Homo Hierarchicus*, acerca del sistema de castas en la India, Louis Dumont anota que ciertos malentendidos sobre su obra le parecen atribuibles a “la poderosa influencia de nuestros ideales y valores en la construcción de nuestras representaciones”. Algunos han pensado, agrega, que mi obra elogia o defiende el sistema de castas, “mientras sólo trata de entenderlo”.

Esta antigua trampa de la ignorancia o el desconocimiento del otro, conocida por exploradores, misioneros y antropólogos, suele ser mucho menos reconocida por escritores políticos y, por supuesto, por los políticos mismos, proclives a confundir paternalismo con conocimiento.

Traigo aquí esta reflexión poco novedosa para volver sobre una de las tantas iluminaciones instantáneas que las palabras ajenas nos permiten sobre territorios que creíamos conocidos y donde se nos aparecen, bajo otra mirada, contornos diferentes y hasta opuestos a los que nuestros ojos discernían.

Hace unos meses publiqué en *La Jornada* una nota sobre el robo, en febrero de 1990, de la urna con las cenizas de Mario Payeras, ex guerrillero y escritor guatemalteco, del cementerio de Tuxtla Gutiérrez donde estaban desde el año precedente. Esther Seligson la leyó y me dijo: “Como de costumbre, con tus ojos de político no entendiste nada. Las gentes de allá ven el mundo de otro modo. Estoy segura de que quienes se llevaron las cenizas de tu amigo no lo hicieron para profanar su tumba, sino para construir con esos restos un santuario”.

“¿Será?”, dije yo, asaltado por la duda poco metódica a la cual la vida me ha enseñado a abrir paso cuantas veces toque a la puerta. Mi escrito, apenas abreviado en esta versión, decía lo que sigue.

\* \* \*

Un día o una noche de febrero pasado fue saqueada la tumba de Mario Payeras, el poeta y comandante guerrillero guatemalteco muerto en México en enero de 1995. Sus restos desaparecieron. Quien los robó no se llevó los del comandante Marco Antonio Yon Sosa ni los de sus dos compañeros, los guerrilleros indígenas guatemaltecos Fidel Raxcacoj Xitumul y Enrique Cahueque Juárez, asesinados en México en 1970, los tres sepultados en la misma cripta del cementerio de Tuxtla Gutiérrez. Tampoco fue roto el vitral de la puerta de la cripta, donde un jaguar se pasea entre las aves y las plantas de la selva de los mayas. El objeto de odio era Mario.

Quién sabe qué hizo después, y adónde los llevó, el desdichado que puso sus manos sobre esos restos. Nadie querría compartir su destino, aunque nunca se sepan su nombre ni su paradero. Sólo una forma de eludirlo existe en estos casos y no es imaginable que el desdichado la conozca: devolver una noche o un día esos restos junto a sus compañeros, donde vela el jaguar que era el nahual de Mario, y desaparecer otra vez en silencio. Diré por qué lo creo.

En mayo de 1995, cuatro meses después de la muerte de Payeras, Yolanda Colom, su compañera de luchas, dichas, infortunios y vida, me hizo llegar una hoja con sus iniciales. En ella decía que en septiembre u octubre de 1994, Mario y ella habían hecho llegar a un sacerdote maya, Principal de Principales en Guatemala, los datos del nacimiento de Payeras “para saber cuál era su nahual según la cosmovisión maya”. No se informó al sacerdote de quién eran esos datos ni cuál era su nacionalidad. Dos meses después de la muerte de Mario, en marzo de 1994, llegó la respuesta a Yolanda. Es la que sigue. No se menciona el nombre del astrólogo porque no se pidió su permiso para darlo a conocer. Agregaba Yolanda que, “por lo acertado, interesante y bello de las palabras” del mensaje, compartía su contenido.

“Pronóstico de destino preparado por el astrólogo maya X [nombre indio], sacerdote maya X [nombre castellano], quien preparó el pronóstico tomándolo del Cholkin. Así es y así será. “Fecha de nacimiento: 15 agosto 1940. “Día de concepción: 21 noviembre 1939, día martes, 12 keme (12 espíritus protectores), que significa: fuerte, inteligente, amable, humilde, en su interior muy resentido, vengativo, lo que promete se cumple, sus conocimientos son muy avanzados y mejores que los de un legislador, corazón dulce, sabe compartir todos los días de su existencia, sólo piensa por la naturaleza, sus hermanos son los seres vivientes, morirá de mediana edad. “Día de nacimiento: 15 agosto 1940, día jueves, 7 IX (siete espíritus protectores), que significa: amor a su tierra, a su patria y a su familia; ve visiones y revelaciones; con los buenos es muy bueno, con los malos es rebelde; puede dar la vida por su pueblo y su patria. Su nahual es el jaguar. “Adulto: 3 AGABAL (3 espíritus protectores), que significa: joven alegre, amable, conquistador, su esperanza es que el día de mañana se logre organizar mejor y que caminemos juntos para alcanzar un nuevo horizonte y un nuevo amanecer; aun a la muerte siempre es ganar. “Brazo derecho: 1 qanil (1 espíritu protector), que significa: buen maestro, padre responsable, es el maestro que abre la brecha para el futuro; buena semilla, el mejor ejemplo; en sus venas corre la señal de los ríos y los lagos; las selvas tropicales, las flores, las aves y las mariposas posarán en su tumba. “Brazo izquierdo: 1 imox (1 espíritu protector), que significa: hipnotista, sabio, telepático, goza el don de la palabra, cantor, pintor, poeta, compositor en la sombra de la noche en la claridad de la luna; tu ciudad maravillosa son las selvas; eres cordero de luz sin fronteras”.

Aquí termina el pronóstico. Si quien puso sus manos sobre los restos o algún allegado suyo llegara a leerlo, comprenderá lo que antes dije, a menos que el odio sea tan intenso que le impida ver la sombra del jaguar. Me induce a creerlo el hecho de que no parece ser persona del todo impía: no quiso ofender a los demás, temió tal vez demasiados nahuales en su contra.

No dejo de pensar que el desdichado puede también haber sido un instrumento para que el destino de Mario se cumpliera: “las selvas tropi-

cales, las flores, las aves y las mariposas posarán sobre su tumba”, dice el mensaje del Principal de Principales. ¿Dónde están ahora, si es que en algún lugar, los restos de Mario? Lo sabe el desdichado, lo sabe también el jaguar que vela sobre ellos y conoce qué pisada y qué mano los llevaron allí.

Cuando Mario murió, en su revista *Jaguar-Venado* terminé así mi despedida al guatemalteco de los largos exilios: “No sé entonces si en las tumbas de Tuxtla Gutiérrez, o si en las calles de Praga o los muelles de Amsterdam, o si en las múltiples rutas de especies migratorias, o si en las huellas de los éxodos de los pueblos indígenas, debo dejar mi recuerdo para Mario Payeras”. Me negaba a aceptar, parecería ahora, que su tumba tuviera morada. Concluía pues diciéndole unas líneas de la *Oda a Bartolomé Dias*, del angolano Fernando Ferreria de Loanda: “Ah, Bartolomé Dias, mi Ulises lusíada, / yo te consagraré en la piedra, con la palabra o ante Dios. / Del pasado te lanzaré al futuro, y no habrá tempestad / que te abata otra vez”.

No habrá tempestad ni mano ni paso que puedan impedir que allí donde sus restos se hallen, se cumpla el destino escrito en la profecía del Principal de Principales. Tal vez la tumba de Tuxtla Gutiérrez quede aún vacía. Tal vez no. Sea como fuere, pasará por allí el alma de Mario, el halcón peregrino, que si es objeto de odio de los impíos es porque sigue, guerrero, peleando contra ellos.

En un libro de extraña belleza, *Una tumba para Boris Davidovich*, el yugoslavo Danilo Kis escribió estas líneas:

Los antiguos griegos tenían una costumbre admirable: para quien pereciera por el fuego, fuera tragado por un volcán, cubierto por lava, destrozado por bestias, devorado por tiburones, o cuyo cuerpo fuera dispersado por los buitres en el desierto, construían cenotafios, o tumbas vacías, en su país natal; pues el cuerpo es sólo fuego, agua o tierra, mientras el alma es Alfa y Omega al cual un sagrario debería erigirse.

En la cripta de Tuxtla Gutiérrez, territorio maya, junto con los restos de Marco Antonio, Fidel y Enrique, hay un nicho vacío. Es el cenotafio de Mario Payeras, donde vela también el jaguar.

\* \* \*

Bajo una nueva luz, como suele decirse, volví a leer mi escrito. Esa luz iluminó dos palabras: odio está repetida tres veces, desdichado otras tres. Seis condenas me resultaron ahora muchas para tan pocos párrafos. ¿Y si, como Esther sugería, quien se llevó las cenizas lo hizo en esperanza y no en agravio? Entonces las condenas no estaban en los hechos, sino en un sistema de valores, el mío, occidental y cristiano pese a todo, que, por encima de conocimientos y creencias adquiridos después, había saltado en mi juicio a primer plano al enfrentarse con lo que aparecía como la profanación de la tumba de una persona querida. Sobre todo detrás de la palabra desdichado, única con la cual aludo a quien se llevó las cenizas, se traslucen los colores del Infierno prometido si el agravio no es reparado por la misma mano.

Llamé por teléfono a Yolanda y le referí las palabras de Esther Seligson. Con una voz que yo tomé por sorprendida pero tal vez no lo era, me dijo: “¿Sabes? Le informamos al Principal de Principales lo que había sucedido con las cenizas de Mario. Nos mandó decir que no nos preocupáramos, que las personas que se las habían llevado lo habían hecho porque las necesitaban para su protección”.

Carrboro, North Carolina, 18 de septiembre de 1996

#### NOTAS

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en la revista *Nexos* en línea <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=448465>, 1 de octubre de 1996.

<sup>2</sup> Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*, México, Itaca-La Jornada, 2010.

